

LA IX SINFONÍA DE BEETHOVEN EN EL “COLÓN”

No huelga repetir lo que en múltiples oportunidades hemos expresado respecto a la IX Sinfonía de Beethoven, es decir que: mucho se ha escrito en manera más o menos metafórica y más o menos crítica sobre este instrumental monumento insuperable de la música de todos los tiempos, y tanto se ha dicho y escrito de hacerla un lugar común de la grandeza y de lo inteligible a la vez. Escritores de las más diversas tendencias han hecho de ella motivo de propaganda más o menos social; otros la han adaptado a los más diversos planes objetivos e imaginativos, como si en verdad, el teatro y la representación convergieran en esta sinfonía sin programa; mientras los indiferentes, los áridos y los escolásticos veían en ella solamente la megalomanía de una forma tediosa e insubstancial. Ante tales tendencias, préstamos y críticas, la IX Sinfonía, como verdadera y simple obra de arte que es, ha quedado impertérrita e intangible en su valor esencial: tal vez corta e incompleta para los utópicos de ridículos problemas estéticos, pero siempre impenetrable como la esencia de lo divino, siempre irrebajable como la altura de los cielos.

Y es que con ella, concluye para siempre el género del sinfonismo y de la música pura de concierto.

Después de ella, lo romántico, lo teatral, lo neo-clásico, lo expresionista y lo neo-expresionista se posesionarán del género, pero como de una forma caduca y subsidiaria, como de una forma agotada y agotadora en la cual ha quedado muy poco por explorar y por lo mismo muy poco que explotar.

Y a pesar de la grandeza de un Brahms, de los ensayos de Bruckner y un Mahler, la sinfonía, como género se hunde en un anacronismo sin resurrección y en un fin sin reiniciación. Beethoven, como epítome de todas las sensibilidades anteriores, como corolario de todos los problemas pasados, como corona immaculada de todas las sensibilidades que lo precedieron, encerraba en esta Novena Sinfonía un mundo acabado de experiencia y de belleza, de posibilidades y de ensueños, como ninguna obra habría tenido antes.

Todo se suma en ella, para hacerla ejemplo y eje de todas las edades de la música: la técnica, el concepto y el misterio.

Por eso una audición de la Novena condensa siempre un triunfo y una superación de las posibilidades artísticas de la humanidad; pero para ello la audición debe ser perfecta dentro de los límites de lo posible.

La audición de anteaer nos ofreció la Novena falseando a la Novena.

Así en el primer tiempo, en el cual la esencia de lo trágico verídico, es decir, la esencia de la fatalidad sin resolución, la imagen del hombre ante lo imposible, triunfa, nos fue dado oír una serie de choques sin conexión ideal y musical.

En el segundo tiempo, que es el poema más dionisiaco que sobre el valor del optimismo tiene la humanidad, no se logró ni por un solo momento la imagen agónica y dinámica del verbo musical beethoveniano. Los crescendos que tanto lo caracterizan desaparecieron ante la falta precisa de matiz y el ritmo, ese ritmo estupendo de danza pírrica, fue reducido a una mera fórmula numérica sin ebriedad y sin empuje.

El tercer tiempo, que condensa la esencia de la bondad y el perfume de la bondad hecha música, fue vertido con un atropello de movimiento y con una urgencia tal, que aquella meditación mística y aquella belleza incorpórea que lo animan, desaparecieron completamente.

El cuarto tiempo, dadas las dificultades de conexión y de equilibrio ético y sonoro fue salvado aquí y allá por la intervención del coro, pero hubo momentos de verdadera confusión, tanto en el ataque de los movimientos como en la seguridad armónica.

La orquesta no fue la que actuó con Toscanini pocos años hace.

El coro actuó con disciplina.

Los cantantes -Cetera, Negróni, Rodríguez, Feller- discretos.

Total: la audición más imperfecta que hemos tenido de la Novena desde hace muchos años.

Juan Francisco Giacobbe ¹

¹ Artículo publicado en el diario “Il mattino d’Italia”, Buenos Aires, 29 de septiembre de 1944.

ELL' ARGENTINA

La IX Sinfonía de Beethoven en el "Colón"

No huelga repetir lo que en múltiples oportunidades hemos expresado respecto a la IX Sinfonía de Beethoven, es decir que: Mucho se ha escrito en manera más o menos metatónica y más o menos crítica sobre este instrumental monumento insuperable de la música de todos los tiempos, y tanto se ha dicho y escrito de su naturaleza y de su inteligibilidad a la vez. Escritores de las más diversas tendencias han hecho de ella motivo de propaganda más o menos social; otros la han adaptado a los más diversos planes objetivos e imaginativos, como si en verdad, el teatro y la representación convergieran en esta sinfonía sin programa; mientras los indiferentes, los áridos y los escolásticos veían en ella solamente la megalomanía de una forma tediosa e insubstancial. Ante tales tendencias, prestamos y críticas, la IX Sinfonía, como verdadera y simple obra de arte que es, ha quedado impertérrita e intangible en su valor esencial: tal vez corta e incompleta para los utópicos de ridículos problemas estéticos, pero siempre impenetrable como la esencia de lo divino, siempre irrebajable como la altura de los cielos.

Y es que con ella, concluye para siempre el género del sinfonismo y de la música pura de concierto.

Después de ella, lo romántico, lo teatral, lo neo-clásico, lo expresionista y lo neo-expresionista se posesionarán del género, pero como de una forma caduca y subsidiaria, como de una forma agotada y agotadora en la cual ha quedado muy poco por explorar y por lo mismo muy poco que explotar.

Y a pesar de la grandeza de un Brahms, de los ensayos de Bruckner y un Mahler, la sinfonía, como género se hunde en un anacronismo sin resurrección y en un fin sin reiniciación. Beethoven, como epitome de todas las sensibilidades anteriores, como el corolario de todos los problemas pasados, como cota inmaculada de todas las sensibilidades que lo precedieron, encerraba en esta Novena Sinfonía un mundo acabado de experiencia y de belleza, de posibilidades y de ensueños, como ninguna obra habría tenido antes.

Todo se suma en ella, para hacerla ejemplo y eje de todas las edades de la música: la técnica, el concepto y el misterio.

Por eso una audición de la Novena condensa siempre un triunfo y una superación de las posibilidades artísticas de la humanidad; pero para ello la audición debe ser perfecta dentro los límites de lo posible.

La audición de anteayer nos ofreció la Novena falseando a la Novena.

Así en el primer tiempo, en el cual, la esencia de lo trágico verídico, es decir, la esencia de la fatalidad sin resolución, la imagen del hombre ante lo imposible, triunfa, nos fué dado oír una serie de choques sin conexión ideal y musical.

En el segundo tiempo, que es el poema más dionisiaco que sobre el valor del optimismo tiene la humanidad, no se logró ni por un solo momento la imagen agógica y dinámica del verbo musical beethoveniano. Los crescendo que tanto lo caracterizan desaparecieron ante la falta precisa de matiz y el ritmo, ese ritmo estupendo de danza pírrica, fué reducido a una mera fórmula numérica sin ebriedad y sin empuje.

El tercer tiempo, que condensa la esencia de la bondad y el perfume de la bondad hecho música, fué vertido con un atropello de movimiento y con una urgencia tal, que aquella meditación mística y aquella belleza incorporea que lo animan, desaparecieron completamente.

El cuarto tiempo, dadas las dificultades de conexión y de equilibrio ético y sonoro fué salvado aquí y allá por la intervención del coro, pero hubo momentos de verdadera confusión, tanto en el ataque de los movimientos como en la seguridad armónica.

La orquesta no fué la que actuó con Toscanini pocos años hace.

El coro actuó con disciplina. Los cantantes —Cetera, Negroni, Rodríguez, Feller— discretos.

Total: la audición más imperfecta que hemos tenido de la Novena desde hace muchos años.

Juan Francisco Giacobbe

29/9/1944
al dorso